

abastecimiento de las provisiones de boca para matarlo. Entonces comprendió el citado canónigo el motivo por qué su obispo lo habia hecho volver allá con tanta prisa; y acudiendo inmediatamente á esconder al que amenazaba de muerte aquella furiosa plebe, lo ocultó en el convento inmediato de los padres agustinos calzados, sustrayéndolo así al furor del pueblo.

Además, todas estas cosas no podian menos que tener sumamente afligido y angustiado el paternal corazón de Alfonso, viendo que ni todas sus rentas eran bastantes, ni encontraba modo de obtener dinero por otra parte para socorrer las infinitas turbas de pobres que acudian á él pidiéndole pan. Despues de otros muchos proyectos y tentativas que le salieron vanas ó insuficientes para mitigar el mal, aunque fuera en parte por lo menos, pensó por fin en recurrir al Papa para obtener el consentimiento apostólico para tomar dinero á rédito sobre los bienes de la mesa episcopal; pero previendo, por otra parte, que podria tardar en venir la resolución, como en efecto sucedió, para poner pronto remedio á las urgentes y desastrosas calamidades, pensó en cotizar las obras pías para obtener cierta suma, como lo hizo, con consentimiento del cabildo y del magistrado público, para tener con que socorrer á los pobres. Esto fué lo que hizo Alfonso, estas las providencias que tomó para socorrer

á los necesitados en un año tan calamitoso: por lo que creció mucho mas en la estimacion y en la admiracion de todos.

## CAPITULO X.

### Enfermedad de San Alfonso.

Alfonso era ya enfermizo, y padecia casi siempre muchas molestias en su salud; pero solo tres fueron las enfermedades graves y peligrosas que tuvo durante el tiempo que gobernó la diócesis de Santa Agueda. La primera fué en la misma ciudad de Santa Agueda, despues de la cual fué, como se ha indicado, á respirar un aire mas sano á Nocera de los Paganos. La segunda fué la que le acometió en Airola, le duró como dos meses y los médicos la calificaron de muy peligrosa y mortal: él la sufrió con toda alegría de ánimo y con entera resignacion á la divina voluntad; pero sin ningun recelo de morir, pues que á un padre abate de la congregacion de Monte Virgen, que fué á visitarlo, le dijo sonriendo una mañana: *Los médicos dicen que me muero, pero no he de morir*; como en efecto sucedió, viviendo todavia otros veinte años. Por último, la tercera fué la que le ata-

có en Arienzo, y fué tambien la mas grave, la mas penosa y la que lo acompañó por diez y siete años hasta la muerte.

El año de 1769 se hallaba Alfonso en Arienzo atormentado por un dolor de sciática tan fuerte, que apenas podia andar un poco arrastrando la pierna. En los primeros dias de Agosto, y á causa de la gran seca de la estacion, todo el pueblo rogó al padre guardian del convento de Capuchinos que hiciese una procesion de penitencia. Hecha ésta despues de vísperas y con la facultad de predicar que le habia dado Alfonso, este hizo llamar al mismo padre guardian y le dijo: *Padre guardian, se ve que esto es un castigo de Dios, por lo que he pensado hacer una novena en forma de mision á la Santísima Asuncion de María en la iglesia de la Anunciacion: y para que llegue á noticia del pueblo, id por la ciudad esta noche y avisadle por medio de unos cortos sermoncitos que mañana comienza esa funcion.* Así se hizo en efecto, y habiéndose sabido que predicaba Alfonso, todo el pueblo se puso en movimiento y corrió en tropel á la citada iglesia.

Por otra parte, parecia tan imposible que él, tan atormentado como se hallaba por unos dolores tan agudos como sufría, y por los vejigatorios que le habian puesto, pudiese soportar aquel trabajo tan gran-

de, sobre todo, en una estacion tan calorosa como aquella, que el mencionado padre guardian tenia ya preparado uno de sus religiosos para que predicase en lugar del obispo. Pero el celo de Alfonso fué tal, que en todos aquellos dias permaneció, con admiracion de todos, constantemente ocupado por espacio de tres horas consecutivas, en rezar el rosario, en predicar y en dar la bendicion con el Santísimo Sacramento en dicha iglesia, sin dar la mas leve señal de desaliento ó de cansancio. Y como en atencion á la concurrencia que no cabia en la iglesia, permanecia la puerta abierta, para que los que se quedaban fuera pudiesen escuchar su voz á lo menos, Alfonso, tanto por los muchos achaques que ya padecia, como por ser aquellos dias caniculares, no pudo dejar de sufrir grandísima incomodidad, de donde justamente se originó su larga y penosísima enfermedad.

El, que ya era enfermizo, debilitado con tanto trabajo, y ademas maltratado con tanto como sudó en la citada novena, fué atacado de un reumatismo general tan acerbo, que no solo no tuvo parte alguna de su cuerpo que no quedase tiesa é inmóvil sino que ademas se le encorvó la cabeza sobre el pecho, por lo que se vió obligado á permanecer muchos meses en una silla ó á yacer en un lehecito agujerado á propósito para poder satisfacer sus necesidades na-

turales, padeciendo dia y noche dolores indecibles, y mucho mas cuando alguno tenia que tocarlo ó moverlo para proporcionarle algun alivio. Su secretario, los canónigos de la catedral, los médicos ordinarios, y mas que todos el padre abate Pignattelli Olivetano, que fué después arzobispo de Bari y en seguida de Capua, viéndolo reducido á ese estado, procuraron inducirlo á hacer venir de Nápoles médicos mas hábiles para oír su opinion sobre dicha enfermedad. Pero todo en vano, porque siempre respondia que debía servirse de los profesores que Dios le habia dado en su diócesis. Viendo por fin su secretario que cada dia empeoraba mas y mas, juzgó conveniente mandar llamar al padre D. Andrés Villani, que era el director de Alfonso, y que estaba en la casa de San Miguel de los Paganos, no tanto para que lo asistiese, cuanto para que lo obligase á hacer venir otros profesores mas espertos. Obedeció Alfonso inmediatamente el mandato de su director: así que, habiendo venido otros tres médicos, le prescribieron varias medicinas, particularmente baños tibios generales para contrarestar la obstinacion del reumatismo. Pero aquí se presentó otro inconveniente, porque los baños repugnaban completamente á su virginal pudor, y además de las muchas razones aducidas por los médicos, fué necesario todavia el mandato de su direc-

tor para que se resolviera á bañarse. Sin embargo lo hizo con el mayor cuidado y circunspeccion para no ofender la mas escrupulosa modestia, haciéndose acercar á la orilla de la cama cuando estaba preparada la tina con el agua, y se esforzaba con la mayor incomodidad y trabajo á bajar, acomodarse y cubrirse por sí mismo, valiéndose muy poco del auxilio de su fiel hermano lego Francisco Antonio Romito, que era el único que se hallaba presente.

Por otra parte, el mayor mal de Alfonso, no era el reumatismo general, sino una grande y profunda llaga que se le habia formado debajo de la mandíbula y cerca de la garganta, tanto por la inclinacion de la cabeza, como por el pelo de la barba que él mismo se cortaba con las tijeras. Esta llaga de que salia una abundante y apestosísima supuracion, habia ya corroido no solo la piel, sino tambien una parte del hueso del pecho, y amenazaba una gangrena y por consecuencia inminente la muerte. Por lo cual fué necesario administrarle la Extrema Uncion, habiendo ya recibido la Eucaristía por la mañana, y el padre maestro Caputo Domínico, vino para asistirlo en sus últimos momentos y dictarle los devotos sentimientos y fervorosas jaculatorias que el mismo Alfonso habia dictado, y habia mandado que se le estuviesen repitiendo durante su agonía. Entre tanto, viendo el

mismo secretario las cosas en un estado tan desesperado, quiso hacer la última tentativa y mandó llamar otro excelente profesor que habia en Nápoles, y habiendo venido éste inmediatamente, suspendió la gangrena, curó la llaga, y despues de algun tiempo la sanó perfectamente.

¿Y que hizo Alfonso en todo el tiempo que duró una enfermedad tan terrible y tan penosa, que fué cerca de un año? Resignado en todo á la voluntad divina, sufrió no solo con invicta paciencia, sino aun con suma alegría y contento de ánimo, toda clase de dolores, incomodidades y tormentos, sin que jamas se le oyese proferir una palabra que indicase la menor queja, ó se le viese hacer ningun acto que mostrase la mas leve pesadumbre. Antes por el contrario, inmóvil y clavado como estaba siempre en la silla ó en el lecho de sus dolores, nunca solicitaba algun alivio ni consuelo de nadie, contentándose solo con lo que le hacian sus familiares: de manera que cualquiera que lo veía, salia sumamente admirado y edificado. Además oía todas las mañanas una y aun mas misas que hacia celebrar en su presencia, en una de las cuales comulgaba siempre; jamas dejaba sus oraciones y devociones de costumbre, se hacia leer continuamente por muchas horas al dia, vidas de santos ó libros espirituales; frecuentemente echaba ojeadas amorosas

á un crucifijo ó á un cuadro de la Virgen del buen Consejo que tenia enfrente sobre el altar, y de cuando en cuando echaba unos afectuosos suspiros y hacia actos de amor de Dios, con quien se le veia siempre unido.

Tampoco disminuyó en este tiempo sus penitencias y mortificaciones tanto en la comida, como en todo lo demas, en cuanto se lo permitian las fuerzas y el estado de su salud. Durante esta enfermedad vino á visitarlo el canónigo cantor de la catedral de Girgento, y al verlo tan pobre en su lechecillo con un miserable cobertor para resguardarse algun tanto del frio, quedó tan admirado, que vuelto á su país no cesaba de decir que ni en Nápoles ni en Roma, habia visto nada tan maravilloso como la extrema pobreza en que vivia Monseñor de Liguori.

Pero lo mas admirable fué, que él, como olvidando todos los males y los dolores que en aquella época padecía, jamas dejó de atender á los negocios de su diócesis. Escuchaba á todos los que venian á hablarle, contestaba las cartas que recibia, daba órdenes é instrucciones oportunas, procuraba dictar las providencias necesarias para remediar los desórdenes que ocurrían, y recomendaba continuamente á su vicario general y á quienes correspondia, que vigilasen sobre las buenas costumbres y sobre el bien espiritual de su

grey. Habiendo cesado la calentura despues de muchos meses, cerrada la llaga del pecho, y disipado poco á poco el reumatismo general, recobró en parte el uso de sus miembros, con lo que ya pudo levantarse de la cama y moverse algun tanto con auxilio ageno. Pero á consecuencia de la llaga que habia padecido, ya no pudo volver á levantar ni á voltear hácia ningun lado la cabeza que le quedó tan encorvada que la barba le pegaba al pecho, en razon de que, como se vió en el reconocimiento que se hizo del cuerpo, todas las seis vértebras del cuello torcido con los cartílagos anexos se habian convertido en un solo hueso. Y esta enorme encorvadura le duró por todo el resto de su vida, es decir, por cerca de diez y siete años, no solo le impidió en lo sucesivo que pudiese estenderse en la cama, sino que le alteró la forma en términos que al verlo por la espalda parecia un hombre sin cabeza. Sin embargo, si hallándose gravemente enfermo no habia olvidado los cuidados pastorales, mucho menos lo hizo cuando se vió algo restablecido. Así es que inmediatamente volvió á ocuparse de los exámenes ya de los clérigos, y ya de los confesores, á intervenir en las congregaciones de casos morales, y á atender á todas sus ocupaciones ordinarias, aun á las de componer é imprimir obras para el bien de las almas. Ademas, quiso reasumir el

ministerio de la palabra divina, por lo cual haciéndose enderezar y sostener para ir á la iglesia y subir al púlpito, predicaba muy á menudo y con tal fervor, que todos quedaban sumamente admirados de él. Entre tanto, el pueblo acudia en tropel á escucharlo, y solo al verlo tan contrahecho y con la cabeza encorvada, no se movia á compasion hácia él, sino que se hallaba escitado á los mas tiernos sentimientos de devocion y de amor hácia su Dios.

Pero en semejante estado no podia absolutamente ir á predicar por su diócesis y mucho menos hacer la sagrada visita. Por lo que, si aun antes como se ha dicho, hacia venir misioneros que predicasen en los varios lugares de su diócesis, con mucha mas razon lo hizo luego que se vió inhábil para poder apacentar con la divina palabra, como lo habia hecho, á toda su grey. En cuanto á la visita de su diócesis, aun cuando estaba enfermo no dejaba de abrirla á su tiempo en la colegiata de San Andres Apóstol en Arienzo, donde vivia, y despues mandaba á continuarla á su vicario general acompañado de algunos canónigos, dándoles las instrucciones convenientes y recomendándoles ardientemente que no omitiesen nada en bien de su grey. Cuando volvian queria que le diesen una cuenta muy exacta de todo quanto habian hecho y de los desórdenes que habian encontrado pa-

ra proveer á su pronto remedio. Y si por acaso le informaban de alguno, no volvía á encontrar reposo ni tranquilidad hasta que ponía en obra todos los medios divinos y humanos para reparar la ofensa de Dios y quitar el escándalo. Al mismo tiempo, para que sus diocesanos no careciesen del Sacramento de la confirmación, rogaba que lo administrase á Monseñor Puoti, arzobispo de Amalfi, que algunas veces iba á visitarlo, quien de muy buena voluntad lo hacía ya en un lugar y ya en otro.

Si con tanta eficacia procuraba el buen orden de su diócesis y el bien espiritual de las almas que se le habían confiado, tenía la gran pena de no encontrar modo de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, por la enorme encorvadura de su cabeza, y esto lo afligía extraordinariamente. Tenía que acomodarse en una silla bastante baja para poder tomar apenas uno que otro trago de agua. Pero habiendo ido á visitarlo un religioso de la compañía de Jesus, al saber esta circunstancia, le aconsejó que bebiese con un carricito, y habiendo salido bien la prueba, comenzó á usar un tubito de madera con el cual ya podía beber. Viendo esto los médicos, los canónigos y los caballeros de la diócesis, y juzgando que no era decente que un obispo bebiese con un tubito de madera, le mandaron hacer uno de plata, y para que lo usase le hi-

cieron creer que era de metal de Alemania. Pero habiéndose convencido de que realmente era de plata, no quiso volerlo á usar bajo el pretesto de que se quemaba los dedos al tomar el café, por lo que fué necesario hacerle otro de madera, con el que bebió hasta la renuncia del obispado.

Viendo sus familiares por una parte que bebía muy bien con el tubito, y por otra lo que se apesadumbraba de no poder celebrar, le sugirieron que pidiese dispensa al Papa para poder usar del tubito al decir la misa. Pero no quiso hacerlo en manera alguna, diciendo, que siendo esto un privilegio y una distincion del Soberano Pontífice, no quería ni aun pedirlo por dispensa, conformándose mas bien con no decir misa. En este estado de cosas, Alfonso no hacía mas que recibir diariamente la sagrada comunión en la misa que oía, cuando un padre maestro agustino fué á convidarlo, para que tuviese á bien predicar en la iglesia de su orden, la última dominica de Agosto, en que se celebraba allí la fiesta de la Santísima Virgen del Socorro. Entonces Alfonso, despues de haber aceptado el convite; añadió: *¡Ojalá y aun pudiese ir á decir misa á vuestra iglesia, como puedo ir á predicar! ¡Cuanto seria mi consuelo! mas no puedo por esta cabeza que tengo tan inclinada sobre el pecho.* A lo que el padre maestro le respondió inmediatamente

que podia muy bien decir misa á pesar de aquella molestia, porque sentado en una silla y asistido por un sacerdote revestido de sobrepelliz y estola, que lo ayudase, podia sorber el *sanguis* de modo que no habia peligro de que se derramase. Agradó mucho á Alfonso este consejo; y despues de haber oido la opinion de otros teólogos, y de haber hecho la prueba muchas veces con buen éxito, volvió con gran júbilo de su corazon á celebrar misa de este modo, y así continuó siempre sin que jamas le ocurriese accidente alguno.

### CAPITULO XI.

Renuncia el obispado San Alfonso y vuelve á su congregacion.

Solo por obedecer al Romano Pontífice, y al mismo tiempo por no oponerse á la voluntad divina, habia aceptado Alfonso el grave peso del obispado. Pero creyendo á los pocos años que no podia cumplir perfectamente con las obligaciones del ministerio pastoral en atencion á su edad avanzada, y á sus indisposiciones corporales, pensó en renunciarlo para mayor bien de su iglesia. Pero encargó á uno de los padres de la congregacion, que hablase en Nápoles

con algunas personas notables y de saber para que manifestasen si aprobaban su designio. Y como le contestó que aprobaban la renuncia en atencion á la edad y á las angustias en que se hallaba, así como al alivio de su espíritu ageno á esta dignidad é inclinado á la soledad, no quedó en manera alguna satisfecho, respecto á que el motivo de soledad y de alivio de su espíritu redundaban en comodidad propia. Así es que escribió espresamente al padre Villani su director, que no se tranquilizaba su conciencia con la opinion que se le habia dado; porque el motivo de la soledad y del alivio propio estaba escludido por el capítulo *Nisi, de renunci.*, y que solo podian valer su avanzada edad y lo achacoso de su salud, así como el perjuicio que resentiria su iglesia, por no poder en ese estado cumplir con sus obligaciones; y que por tanto tomase consejo de otras personas tan pías como instruidas que le indicaba. Porque *no querria yo, le escribe, que la celda me condujese al infierno por haber dejado la carga contra la voluntad de Dios. Estoy cierto de que hace algunos años quiso Dios que yo fuera obispo, y ahora para dejar de serlo, debo estar tambien cierto, moralmente hablando, de que el mismo Dios no quiere ya que lo sea.* Sin embargo, para quitarse enteramente todo escrúpulo, resolvió, con parecer de su mismo director, esponer sencillamente al Papa su